

Hemos visto en las lecciones anteriores lo que es esencialmente la santidad y cómo ésta se consigue, se mantiene y logra aumentar por medio de la unión íntima con Dios, particularmente a través de una vida de oración.

Existe otro medio de seguir el camino de la perfección espiritual por medio del sacrificio y negación de sí mismo. Ya no es sólo tratar de dominar las pasiones y conducir las a un orden de vida, de refrenar las malas tendencias, de evitar las tentaciones y las ocasiones de pecado próximas y remotas. Es ir más adelante en esto: es negarse aún lo que nos está permitido buscando en ello dos cosas: por una parte, ir formando y afirmando el carácter y la fuerza de voluntad, y sobre todo, encontrar en ello oportunidad de mérito y perfección de vida.

Desde luego todo ello es imposible conseguirlo si no echamos mano de la "revisión de vida" o "examen de conciencia" que es al hombre tan necesario como puede serle al piloto, marítimo o aéreo, el cuaderno de bitácora en cada viaje; o al médico el expediente de diario del enfermo. En ambos casos se trata de una guía y revisión de hechos que muestran los aciertos y las fallas, y que por lo tanto constituyen medios de revisión y consignación a certada de las experiencias, con vistas a evitar los errores y a provechar los aciertos.

Uno de los principales y más eficaces medios que hay para con seguir el aprovechamiento espiritual es el examen de conciencia, y así fué encomendado por el mismo Cristo Señor: "Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil." (Mt. 26, 41). Mucho podemos desear el permanecer en el camino de la virtud, pero si no hacemos revisión frecuente de nuestra vida, pronto iremos aflojando en ese propósito sin darnos cuenta de ello. Al encontrar las caídas nos doleremos de ellas y será más fácil que mañana no repitamos la caída.

Este mismo estado de vigilancia de nosotros mismos es el contenido de la recomendación aquélla de Jesús: "Entendedlo bien: si el dueño de casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, no dejaría que le horadasen su casa. Vosotros estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre." (Lc. 12, 39-40). Esa vigilancia de nosotros mismos no puede ser efectiva en una revisión general de grandes períodos de vida, sino particular y constante de cada día. El Libro de los Proverbios nos dice (24, 30-31) "He pasado junto al campo de un perezoso, y junto a la viña de un hombre insensato, y estaba todo invadido de ortigas, los cardos cubrían el suelo, la cerca de piedra estaba derruida." Pues no nos suceda a nosotros que los cardos de nuestras pasiones, las ortigas de nuestros vicios, vayan invadiendo

nuestra voluntad y poco a poco vayan haciendo labor de zapa y de bilitamiento de nuestras buenas resoluciones. Para ello es menester que todos los días limpiemos nuestra alma de vicios y tendencias nocivos.

Aunque el campo del examen de conciencia es muy vasto, bueno es que todos los días toquemos con mayor esmero los puntos importantes siguientes, como que son los baches más frecuentes y desapercibidos para quien, como debe ser ya entre nosotros, los pecados grandes se notan con mucha facilidad, pero no las faltas que parecen sin importancia y que mellan poco a poco la voluntad:

- * De la humildad: estima y alabanza de otros que nos complazcan.
- * De la caridad: murmuración, molestias, impaciencias, aversión.
- * Gula y goces: en comer y beber, comodidades y ventajas.
- * De la paciencia: dominio de sí mismo, no dar importancia.
- * De la obediencia: Puntualidad, aceptación de autoridad.
- * De la pobreza: Evitar desperdicio, renuncia de lo no necesario.
- * De la castidad: Cuidado de los sentidos, amistades y afectos.
- * Del cumplimiento del deber: lo que merece ser hecho merece ser bien hecho. Nadie debe hacer lo que me toca hacer mas que yo.
- * De los actos de piedad: oración, meditación, Misa, sacramentos.
- * Hacer todo puramente por agradar a Dios y agradecerle lo mejor.
- * Conformidad con la voluntad de Dios, no pasivamente sino activamente, esto es procurando que todo salga de la mejor manera.

No extrañe que en este examen no aparecen faltas graves, porque se supone que ya todo lo mayor ha sido depurado en nosotros. Es decir, las faltas graves deben ser ya tan sensibles que su examen no hace falta incluirlo en este detalle.

El examen diario de conciencia no tendría fruto si no se acompañara de la resolución de evitar en adelante las mismas fallas. Es verdad que nuestra voluntad, afectada por el pecado original, da lugar una y otra vez a la falta de perseverancia en nuestras resoluciones, pero el examen de conciencia frecuente ayuda mucho a hacer que las caídas se hagan cada vez más lejanas unas de otras y que su repugnancia vaya en aumento. El propósito de enmendarse es, pues, muy útil.

Algo que ayuda mucho en esto es insistir en la falla dominante, lo que produce una mayor vigilancia sobre un punto concreto con aumento de efectividad de nuestra voluntad en ese solo aspecto, hasta que consigamos la enmienda apetecida. De este modo, día y noche pensaremos en evitarlo y procuraremos hacer del vicio dominante un objetivo principal.

Con frecuencia el desánimo proviene de no tener plena conciencia de lo que es hacer las cosas con entero conocimiento y voluntad de hacerlo: sabemos que lo que realmente constituye el pecado, y aún sin llegar a pecado, la falta de perseverancia en una resolución, consiste en que conocimiento y decisión han de con-

16/3 juntarse en un acto voluntario de plena admisión. Por tanto debemos entender, evitando el escrúpulo, que mientras no hayamos llegado a la plena conciencia de la falta, no existe caída. De este modo, sin perder la tranquilidad de espíritu, al hacernos conscientes de que algo malo estamos realizando, simplemente dejamos de hacerlo y con toda serenidad cambiamos nuestra actitud, en la seguridad de que no ha habido falta en nosotros.

Semejante a esto es considerar que no es lo mismo caer por sólo una vez que recaer una y otra vez: quiere decir que la primera caída no ha de arrastrarnos al desánimo de volver a reincidir, sino que por el contrario, la primera caída debe servirnos para poner alto a nuestras caídas.

Todavía existen dos armas muy efectivas para conseguir la perseverancia en el bien:

* La primera es la lectura espiritual, la que debemos practicar en todo momento que nos quede libre sin faltar a la oración. Dentro de nuestra vida práctica, para quienes tienen que emplear algún tiempo del día en el uso de transportes públicos para trasladarse a los lugares de trabajo y estudio, es muy provechoso ocupar ese tiempo en este tipo de lecturas, sea para su instrucción, sea para sembrar dentro de sí altos pensamientos. Por desgracia ocurre entre los pasajeros con gran incidencia, que aprovechan este tiempo, que podríamos calificar de "muerto", para la lectura... ¡de libros y revistas malos! de pésimo gusto, intrascendentes, o francamente nocivos. ¿Qué? ¿no es posible que podamos nosotros imitar a estos asiduos lectores, pero cambiando el signo de la calidad de la lectura de suerte que ésta sea francamente constructiva en nuestra vida? ¿Acaso no estaremos cayendo en el vicio del que enterró el talento y no lo hizo fructificar cuando dejamos en el vacío de una vida inútil tanto tiempo aprovechable?

El que maneja su propio vehículo es otra cosa: ante la imposibilidad de leer, bien puede ocupar este tiempo en la meditación, la rumia de ideas anteriormente almacenadas en su mente, y la oración, de la cual el Santo Rosario es muy propio para el caso. Acaso en esto último se diga que no es posible concentrarse para meditar debidamente los misterios que se consideran; creemos que la Santísima Virgen se complacerá ampliamente con lo que al respecto podamos hacer, máxime si al comienzo del Rosario se lo sabemos brindar con la aclaración de que haremos lo posible por ese mantenernos en meditación, pero ofreciéndole aún las distracciones con la debilidad del hijito pequeño que agrada a su Madre en la medida de sus escasas fuerzas.

* La segunda arma de que hablamos es el ejercicio de ponerse en la presencia de Dios. "Buscad a Yahveh y su fuerza, id tras su rostro sin descanso, recordad las maravillas que El ha hecho, sus

prodigios y los juicios de su boca!" (Sal.105,4) exclama el Rey David compenetrado de la magnificencia de su Creador. San Agustín, comentando este pasaje dice que la faz del Señor es su presencia y así, buscar la faz del Señor es andar siempre en su presencia, convirtiendo el corazón a El con deseo y amor. Es ni más ni menos aquello que Yahveh pidió de Abraham: "Cuando Abram tenía noventa y nueve años, se le apareció Yahveh y le dijo: Yo soy El-Sadday, anda en mi presencia y sé perfecto." No nos quiere el Señor en una entrega a medias, sino perfectos y comportándonos a sí, pensando en que estamos siempre delante de El.

Mas no ha de ser un sentir la presencia de Dios con temor, sino con amor, tal como los bienaventurados le tienen presente en la bienaventuranza celestial: "Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara." (1 Cor.13,12).

Para San Pablo la vida del apóstol transcurre ante esa presencia de Dios y de sus ángeles y santos, con un sentido de prueba y ocasión de mérito que son dignas de poner todo el esfuerzo para obtener el premio: "Porque pienso que a nosotros, los apóstoles, Dios nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte, puestos a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres." (1 Cor.,4,9). "Los atletas se privan de todo; y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible." (1 Cor.9,25). "He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel Día me entregará el Señor, el justo Juez; y no solamente a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su Manifestación." (2 Tim.,4,7-8). Vale la pena vivir en la presencia de Dios constituyendo para El y los bienaventurados un espectáculo nuestras vidas. Si estuviéramos plenamente concientes de esto ¡cómo sería nuestro comportamiento! Pues quiera el Señor que así sea.

Atentos a lo que nos dice San Pablo (Hech.17,28) acerca de la presencia de Dios en nuestras vidas "pues en El vivimos, nos movemos y existimos", no tan sólo hemos de considerar esa presencia divina como principio de perfección en nosotros, sino además con el significado de un amor recíproco en el que "El nos amó primero" que dice San Juan; y al mismo tiempo como principio de la providencia que tiene de nosotros, como lo predica el Salmo 123: "Hacia Tí tengo los ojos levantados, Tú que te sientas en los cielos; míralos, como los ojos de los siervos en la mano de sus amos. Como los ojos de la sierva en la mano de su señora, así nuestros ojos en Yahveh nuestro Dios, hasta que se apiade de nosotros."

Desde luego, este vivir en presencia de Dios va construyendo, paso a paso, en el individuo un estado de perfección. De aquí han de resultar como fruto en el cristiano las buenas obras.

Pudiera parecer que el cristiano necesita hacer cosas extraordinarias para santificarse, y no es así. Por el contrario, nuestro aprovechamiento y perfección están en hacer nuestras acciones ordinarias bien hechas. No basta con que sólo hagamos bien nuestras tareas, sino que debemos hacerlas bien. Así, no para la cosa en ser cristiano, sino en ser buen cristiano con todo lo que esto trae consigo, con todo a lo que el ser cristiano compromete.

Después de habernos decidido, comprometido y realizado a nunca hacer cosas malas, lo que es no nadamás del cristiano, sino de todo hombre de bien, nos es forzoso lo segundo: hacer el bien, y hacerlo bien: "Por sus frutos los conoceréis... Así, todo árbol bueno da frutos buenos, mientras que el árbol malo da frutos malos." (Mt.7,16-17). Palabras de Cristo todavía valederas.

En otro pasaje el Señor nos advierte cuál es su propio comportamiento: "Las obras que hago en nombre de mi Padre son las que dan testimonio de Mí" (Jn.10,25). Pues igual que nuestro Maestro, han de ser nuestras acciones las que convenzan a los demás de la bondad nuestra, ya que hoy más que nunca las palabras no convencen a un mundo que está cansado de palabrería hueca.

Ciertamente en aquel Día no vamos a ser premiados por qué tal hablamos, sino por qué tal nos comportamos: "Tú, dice el salmista a Yahveh, al hombre pagas con arreglo a sus obras." (Sal.62).

Volvamos a la parábola del Sembrador y recordemos que el Señor alabó únicamente a aquéllos que acogieron la Palabra de manera tal que ésta dió fruto abundante. (Mt.13,8). ¡Cuánto va de uno a otro de nuestros apóstoles, que con verse a veces que trabajan afanosamente y por igual, el fruto que rinden no es en todos por igual: en unos es treinta, en otros sesenta y en otros alcanza el ciento por uno. Mire cada uno cuál de éstos es él. Ya estamos haciendo aquello que el Señor quiere que hagamos; sólo necesitamos hacerlo bien hecho.

Consideremos cuán fácil nos ha puesto la cosa el Señor, pues si nos pidiera cosas extraordinarias, bien haríamos en lamentarnos por ello, pero con lo que nos pide debemos alegrarnos. "Porque estos mandamientos que Yo te prescribo hoy no son superiores a tus fuerzas, ni están fuera de tu alcance..." (Deut.30,11 ss.)

Consideremos en qué consiste hacer bien nuestras obras:

* Lo principal: que las hagamos puramente por Dios. La intención resulta ser como los cimientos: no se ven, pero son ellos los que han de sostener el edificio. Dios ve el interior y la intención.

* Lo segundo es hacer las cosas lo mejor que podamos. No basta hacerlas con recta intención, sino tratar de perfeccionarlas. Aunque nos miren o no nos miren los demás, porque ya dijimos primero que la intención es agradar a Dios exclusivamente y no le vamos a agradar con cosas imperfectas que podemos hacer perfectas.

* Lo tercero es hacerlas en presencia de Dios. Ya hemos hablado

en esta misma lección de cómo hemos de comportarnos y cuáles han de ser nuestras obras en la presencia de Dios, y de este modo serán hechas como de quien está siendo contemplado por el Señor, y así dice el Exodo (18,12) que "después Jetró, suegro de Moisés, ofreció un holocausto y sacrificios a Dios; y Aarón y todos los ancianos de Israel fueron a comer con el suegro de Moisés en presencia de Dios."

San Agustín comenta el Salmo 35,28: "Y tu justicia musitará mi lengua, todo el día tu alabanza" diciendo que un buen modo de estar alabando a Dios todo el día consiste en hacer todo lo que se tenga que hacer, bien hecho, y así todo el día agradaremos y alabaremos a Dios.

San Jerónimo dice de aquéllo (Sal.148-3) "¡Alabadle, sol y luna, alabadle todas las estrellas..." que los astros alaban al Señor a toda hora porque cumplen perfectamente su oficio.

* La última recomendación para hacer siempre todo bien es que el cristiano puede considerar que aquello que está haciendo bien podría ser lo último que el Señor quiera que él haga en su vida. Si alguien nos avisara que lo que estamos haciendo es lo último, con qué cuidado lo terminaríamos para dar la mejor cuenta a Dios al menos de aquello. Entonces, sí que en todo momento podemos exclamar con el anciano Simeón: (Lc.2,29) "¡Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz...!" Pues para que estemos preparados vayamos haciendo todo como si el Señor en esta última obra nuestra pusiera en seguida fin a la vida.

De este modo, por nuestras obras vendremos a nuestra santificación, sin nada extraordinario, sin llamar la atención, sin necesidad de grandes sacrificios, mortificaciones o penitencias.

RESUMIENDO:

Para poder llegar a la santificación que Dios nos pide, tenemos: Además de las distintas formas de oración, negarse a sí mismo, El exámen diario, o al menos lo más frecuente posible de conciencia con ánimo de corregir nuestros defectos, aún los más ligeros. Estar vigilantes para no caer en la tentación.

Vivir en conformidad con la voluntad divina.

Considerarnos siempre en la presencia de Dios, tanto como quien quiere siempre y en todo agradarle, como para pedir su auxilio. Hacer todas las cosas en obsequio de Dios y para su gloria.

REFLEXIONES PERSONALES:

Ahora que soy más conciente de mi necesidad de santificación tendré cuidado de aprovechar todos los medios con que cuento.

¿Has comprendido que negarte a tí mismo es precisamente salvarte? Nos dice el Señor "Si no cuentas conmigo ¿con qué, o con quién?"

RESOLUCION: ¿Para qué me afano tanto? Loco debo ser si no soy santo.